

decrecientes de la misma, la continua fragmentación de las tierras, el deseo de eludir el servicio militar y cómo no, el señuelo de hacer fortuna, fueron acicates poderosos que impelían a la emigración. A ellos se refiere Aramburu, percibiéndolos claramente desde aquel mismo contexto histórico (1899); subraya este autor la importancia del mito indiano en los medios populares, y subraya el tirón que en aquel contexto suponía la carta del pariente lejano «que escribe y manda algún regalillo para los suyos», al tiempo que pregunta por los sobrinos; unos sobrinos por lo demás, que le contemplan diariamente «retratado de señor en un cuadrado de pintada madera puesto debajo de un cuadro de la Virgen»; mito que se acrecienta en estos medios provincianos al tropezarse casi a diario con ese indiano local que «se pavonea por la quintana cubierto con ancho *jipijapa*, vestido de fino, adornado con dorada cadena y botones y anillos que deslumbran, atareado en convertir en humo y cenizas vegueros bien olientes, orgulloso de ver redimidos de la servidumbre de la gleba a los que le dieron el ser [...] ¿Por qué no ir donde él fue?»⁷

La observación de Aramburu, a pesar de requerir toda una serie de matizaciones regionales, resulta válida *grosso modo* para toda la fachada cantábrica, región en la que predomina el minifundio. Recientemente, Bernal ha puesto de manifiesto que fueron «las áreas de minifundio y pequeña propiedad las que se vieron impelidas a la emigración durante la crisis finisecular», mientras «las zonas latifundistas no sólo no se ven afectadas sino que se convierten en zonas de atracción».⁸ Es posible, tal vez, que por ser estas regiones —en las que predomina la estructura de propiedad minifundista— centros de gran emigración, la figura del indiano resulte familiar y salte a los mundos de ficción de los novelistas del Norte. Pero el tema no es exclusivo de esta zona; buena prueba de ellos es que Galdós, gran observador de la sociedad española, y especialmente atento a las transformaciones sociales de la época, pondrá también en pie la figura del indiano; recordemos el personaje de Agustín Caballero en *Tormento* (1884), o el de José María Cruz en *La loca de la casa* (1892). Ahora bien, los personajes galdosianos, si bien cronológicamente pertenecen a la misma época que los creados por Clarín, Palacio Valdés o Pereda, tienen un carácter diferente por su extracción social, por su actividad económica o por su procedencia regional. Por otra parte, también Palacio Valdés en su ciclo madrileño y en su última etapa novelesca dará vida a unos indianos que ya no guardan relación con los presentados anteriormente. Retengamos ahora un hecho: antes de los años noventa, salvo en el caso de Agustín Caballero, caso que requiere algunas matizaciones, los indianos literarios son objeto de un tratamiento crítico por parte de los novelistas.⁹

¿Causas? Complejas por supuesto, y no es ocasión de entrar en ellas. Bueno será advertir, sin embargo, que dada la mentalidad pequeñoburguesa de Palacio Valdés o del

⁷ F. de Aramburu y Zuloaga, Monografía de Asturias. Oviedo, 1899, pp. 457-458.

⁸ A. M. Bernal, op. cit., p. 246.

⁹ Cfr. por ejemplo, A. Palacio Valdés, *El idilio de un enfermo* (1884), *El cuarto poder* (1889), *El maestrante* (1893); L. Alas, *La Regenta* (1885), J. M. Pereda, *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1879). *A ello se ha referido M. Ruiz de la Peña en «El indiano en la narrativa asturiana», en Revista de Asturias, año I, n.º 10, suplemento del diario Asturias. Oviedo, 22-VII-1979; apud J. Uría, «Los indianos y la instrucción pública en Asturias», Cuadernos del Norte, op. cit., p. 118.*

mismo Clarín, es lógico que estos escritores muestren su animadversión hacia un grupo de personas que no trabajan,¹⁰ hacia un grupo que no encaja en los *mores* de la clase media por la actividad «poco clara» a la que deben a veces su fortuna, hacia un grupo que vive ostentosamente en barrios de nueva creación a los que ellos mismos dan nombre,¹¹ hacia un grupo que se automargina en las comunidades locales sin emplear su fortuna en beneficio de sus conciudadanos, en cuya elite sin embargo aspira a integrarse. Ahora bien, los indianos de *Alas* y de *Palacio Valdés* no participan en obras de carácter cultural, benéfico o filantrópico; los autores omiten toda referencia a este tipo de actividades en sus diversos personajes. ¿Por qué si de hecho sabemos de algunos casos que tomaban parte en ellas? La omisión es querida y buscada por los autores en función de unas motivaciones o de unos objetivos que habría que indagar. ¿Se fijan tal vez los novelistas asturianos en el común de los americanos que regresan y no en las excepciones? El tema es sugestivo, pero no es momento de profundizar en él; detengámonos, en cambio, en un personaje perediano y recordemos los planes de Gonzalo (1879) que explicitan esta utopía de ascenso social que alienta en el indiano:

Coteruco estará como yo lo dejé, mitad en barbecho mitad de por labrar. Unos cuantos melanos que andan en dos pies por milagro; un cura que les llenará la cabeza de cuentos; un señor que se dará humos de personaje porque tiene cuatro terrones y una casa con portalada; un infanzón con más hambre que vanidad... y pare usted de contar. Si yo me presento [...] Desde luego me harán alcalde, pero yo no querré serlo por ahora; la gente menuda me quitará el sombrero desde media legua; los pudientes me echarán memoriales para que me acerque a ellos; y en cuanto concluya la casa elegiré para esposa a la señorita más fina del valle [...] quizá llegue hasta el Gobierno la noticia de mi valer y de mi importancia... y ¿quién sabe?... marqueses hay por el mundo de tan basta madera como la mía.¹²

Pero en el caso de Pereda, el menosprecio con que está presentado don Gonzalo no es indicio de la mentalidad pequeñoburguesa de los escritores asturianos, sino de la del viejo hidalgo que se rebela ante la posible invasión de sangre plebeya; en este caso los reflejos hidalgos se avivan ante la decadencia de su grupo, y se crispan ante la amenaza de sustitución de prestigios que se advierte en la sociedad. Por ello Pereda convertirá al protagonista de la obra en «el malo» de su novela asignándole un papel en la revolución de Coteruco y condenándole en su pequeño mundo, mientras triunfa Pérez de la Llosía, el personaje que pertenece a las familias «de siempre».¹³ Estos resabios de hidalguía son los que explicarían la distinta posición en que se coloca este mismo autor ante otro indiano, Tomás Quincanes, presentado en *La Puchera* (1889) con gran

¹⁰ La ironía de *Palacio Valdés* se advierte al referirse a la holgazanería de que hacían gala los americanos. *El cuarto poder*, Madrid, Victoriano Suárez, 1928, p. 54.

¹¹ Recordemos en *La Regenta*, el barrio de la Colonia enfocado por el Magistral en el primer capítulo de la misma: «... allí estaba la Colonia, la *Vetusta novísima*, tirada a cordel, deslumbrante de colores vivos, con reflejos acerados; parecía un pájaro de los bosques de América, o una india brava adornada con plumas y cintas en tonos discordantes. Igualdad geométrica, desigualdad, anarquía cromática. En los tejados todos los colores del iris como en los muros de Ecbátana; galerías de cristales robando a los edificios por todas partes la esbeltez que podía suponérseles; alardes de piedra inoportunos, solidez afectada, lujo vocinglero. La ciudad del sueño de un indiano que va mezclada con la ciudad de un usurero o de un mercader...», porque efectivamente, la Colonia era «el barrio nuevo de americanos y comerciantes del reino», lleno de «palacios y chalets». *La Regenta*, Madrid, Castalia, 1981, pp. 114 y 112.

¹² J. M. Pereda, Don Gonzalo González de la Gonzalera. Madrid, Victoriano Suárez, 1925, pp. 112-113.

¹³ Ídem.

simpatía. Pereda muestra su complacencia ante un personaje que pertenece por nacimiento a la pequeña nobleza, aunque la miseria de la familia le haya obligado a cruzar el Atlántico en busca de fortuna. Pereda se abre hacia el horizonte europeísta que significa Quincanes; un europeísmo que conviene encuadrar en el contexto de los vientos regeneracionistas que empiezan a soplar en la Península. Por lo demás, Quincanes simboliza el trabajador «bueno» que se ve coronado por el éxito; un trabajador, sin embargo, que a diferencia de José María Cruz —*La loca de la casa*, 1892—, no se cuestiona la sociedad establecida a pesar de aparecer en un momento en el que ya se advierte una fuerte tensión social.

Distinto enfoque recibe el indiano en la novelística galdosiana; Agustín Caballero, en contraste con los indianos asturianos, pertenece a la clase media, ha pasado treinta años al otro lado del Atlántico, «trabajando como se trabaja en América, en un mundo que se forma» y ha regresado a España a los 45 años «por falta de salud y tristeza». Pero Caballero, en contraste con el indiano asturiano, permanece fiel a los *mores* de su clase y mantiene siempre un sentido del propio decoro y de la propia dignidad —muy pequeñoburgués por otra parte—, que don Benito gusta de subrayar.¹⁴ Caballero, consciente de su falta de preparación para insertarse decorosamente en la alta clase madrileña, se margina de los centros mundanos, no tanto por estrategia sino como por el deseo de aprovechar esa independencia económica de que disfruta para convertirse en artista de su propia vida. Los pensamientos del personaje en su viaje de regreso a España resultan bien significativos a este respecto:

Ahora en la vieja España, pobre y ordenada, encontraré lo que me falta, sabré redondear mi existencia, labrándome una vejez tranquila y feliz...¹⁵

Por lo demás, Caballero, si bien no mantiene el ritmo de trabajo de su etapa americana, desarrolla cierta actividad económica en el comercio y en la banca,¹⁶ que también viene a diferenciarle de los indianos norteños, mucho más perezosos, apáticos y ostentosos. Don Benito pone en pie a un personaje ingenuo, bondadoso y sincero, aunque también huraño, rudo y de carácter difícil; ahora bien, el escritor canario, a diferencia de los asturianos, no se ensaña con su criatura sino que la disculpa, y trata de explicar los rasgos de su personalidad en función de la dura vida a que se ha visto sometido,¹⁷ valorando además esa actitud discreta que le lleva a colocarse en una postura de digna reserva frente a una sociedad seducida por viejos prestigios y poco sensible a conside-

¹⁴ El acecho a que se ve sometido Caballero por la sociedad madrileña cobra en la pluma de Galdós una gran fuerza plástica. «Sin duda —inrepa la de Bringas al personaje— crees que no gustas y se ríen de ti. ¡Ay bobo, no, no! Todos te respetan y te alaban, yo sé que no eres desagradable, ni mucho menos, gustas, chico; gustas, yo te lo digo [...]», y unas líneas más arriba el narrador da fe de las palabras de doña Rosalía: «Familia hubo, entre las relaciones de los Bringas, que le puso con bélico ardor las paralelas de la estrategia social para conquistarle. Pero él, revelando sutil agudeza, más propia del salvaje que del cortesano, resistía tan valerosamente que los sitiadores levantaban el asedio. No hay que decir que todo se le dispensaba por la idea que tenían de su desmedida riqueza y de su noble y elevado carácter. Verdaderamente, si él hubiera querido ceder a tantas asechanzas amables, sus rudezas habrían pasado por donaires y su sequedad por la más cumplida elegancia», B. Pérez Galdós, Tormento, O. C. IV, Madrid, Aguilar, 1964, p. 1468.

¹⁵ Ídem, p. 1478.

¹⁶ Ídem, pp. 1468 y 1478.

¹⁷ Ídem, p. 1469.